

La Tradición Clásica en la literatura del Nuevo Reino de Granada del siglo XVII: el caso de *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle*

(Classic Tradition in the literature of the New Kingdom of Granada in the XVII century: the Case of *El Carnero* by Juan Rodríguez Freyle)

Ángel Vilanova
Universidad de Los Andes

Resumen

En el origen y desarrollo de las formas narrativas en el Nuevo Mundo, *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle ocupa un lugar destacado. Esta afirmación se sostiene en la novedad formal de la obra que tras presentarse como una crónica del Nuevo Reino de Granada, supera tal condición genérica mediante la inclusión de un numeroso conjunto de “digresiones” (denominadas también “historietas” por la crítica) como culminación de la narración de hechos históricos y que abrevan en las tres tradiciones fundamentales de la visión del mundo de Rodríguez Freyle: la tradición bíblica, la clásica y la española. Lleva a cabo un empleo notablemente funcional de distintos componentes de la Tradición Clásica, aunque poco predominantes en el texto, en comparación con otro de los autores más destacados del siglo, el poeta Hernando Domínguez Camargo, autor del *Poema Heroico de San Ignacio de Loyola*, de claro carácter épico-religioso.

Palavras-chave: Tradición Clásica, Nuevo Reino de Granada, narrativa colonial, siglo XVII.

Abstract

In the origin and evolution of the New World narrative forms, *El Carnero* by Juan Rodríguez Freyle occupies an outstanding place. This statement is supported by the formal novelty of the play. After being presented as a chronicle of the New Kingdom of Granada, this play exceeds such generic condition through the inclusion of many “digressions” (also called “historietas” by critics), which represent the culmination of the historical narration. They are based in the three fundamental visions of the world managed by Rodríguez Freyle: the biblical, classical and Spanish tradition. He applies a remarkable and functional use of several components of the Classic Tradition. However, these elements have less relevance in the text when this is compared with the work of another outstanding author of the century, the poet Hernando Domínguez Camargo, author of the *Poema Heroico de San Ignacio de Loyola*, a play with a clear epic-religious profile.

Key words: Classic Tradition, New Kingdom of Granada, colonial narrative, XVII century.

Recepción: 30/06/2008

Evaluación: 04/06/2008

I

Este trabajo es el resultado parcial de una “relectura” del texto que presenté en el XI Coloquio Internacional de Filología Griega, realizado del 3 al 6 de marzo de 2000 sobre las “Influencias de la mitología clásica en la literatura española e hispanoamericana del siglo XVII” y tenía por título “La influencia de la mitología clásica en las literaturas colombiana y venezolana del siglo XVII”. [1] Se trata de una nueva lectura de la obra de uno de los autores estudiados entonces y la de otros trabajos críticos sobre la misma: *El Carnero*, de Juan Rodríguez Freyle.

La mayoría de los textos -poéticos, narrativos, dramáticos- de la época no alcanzó a ser editada y circuló en manuscritos durante casi dos siglos, con llamativas excepciones, como la parcial edición de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos, lo que puede atribuirse a diversas causas: la tardía llegada de la imprenta, las restricciones resultantes del celo inquisitorial y, no menos importante, las dificultades de tipo cultural que debían enfrentar los autores, obligados a intentar un sostenido esfuerzo de emulación, ya que las (nuevas) realidades del llamado Nuevo Mundo reclamaban formas expresivas que respondieran adecuadamente a aquellas y no se limitaran a seguir obedientemente los modelos de la espléndida literatura del Siglo de Oro.

II

Las literaturas de mayor trascendencia en el mundo colonial español, por lo menos hasta fines del siglo XVIII, son las de dos grandes centros culturales, México y Lima; sin embargo, la que se produjo en la región que comprendía el Nuevo Reino de Granada no es precisamente una literatura menor. No cuenta en su haber con figuras como sor Juana Inés de la Cruz o el Inca Garcilaso pero puede proponer sin duda autores dignos de la mayor estimación como Hernando Domínguez Camargo y Juan Rodríguez Freyle, autores de *Poema heroico de San Ignacio de Loyola* y *El Carnero* respectivamente.

El Carnero representa una prueba de las condiciones poco propicias en las que estos autores produjeron sus obras (*El Carnero* “circuló durante doscientos veintiún años por todos los senos de nuestra sociedad, multiplicado en copias más o menos fieles”, escribió José Ma. Vergara y Vergara en su *Historia de la literatura en Nueva Granada*). [2] En mi análisis anterior había considerado con relativa brevedad algunos aspectos salientes de esta sorprendente obra, comenzando con breves comentarios sobre el origen y significado del título con el que ha sido más conocida, *El Carnero*, en oposición al auténtico que rezaba:

EL CARNERO

Conquista y Descubrimiento del

NUEVO REINO DE GRANADA

De las Indias Occidentales del Mar Océano

Primera de este reino donde se fundó la Real Audiencia y Cancillería, siendo la cabeza

Se hizo Arzobispado

Cuéntase en ella su descubrimiento; algunas guerras civiles que había entre sus naturales; sus costumbres y gente, y de qué procedió este nombre tan celebrado

DEL DORADO

Los generales, capitanes y soldados que vinieron a su conquista, con todos los presidentes, oidores y visitadores que han sido de la Real Audiencia. Los arzobispos, prebendados y dignidades que han sido de esta santa iglesia catedral, desde el año de 1539, que se fundó, hasta el de 1636, que eso se escribe; con algunos casos sucedidos en este Reino, que van en la historia para ejemplo, y no para imitarlos por el daño de la conciencia.

Compuesto

Por JUAN RODRÍGUEZ FREYLE

Natural de esta ciudad, y de los Freyles de Alcalá de Henares en los Reinos de España, cuyo padre fue de los primeros pobladores y conquistadores de este Nuevo Reino.

Dirigido a la S.R .M. de Felipe IV, Rey de España

Nuestro Rey y Señor natural.[3]

El Carnero fue el más conocido de los dos títulos, y el que ha generado una larga polémica a la que no fue ajeno el mismo Rodríguez Freyle y llega hasta nuestros días, como señala Darío Achury Valenzuela en la edición de *El Carnero* que cito, al consignar sintéticamente la serie de significados que se ha atribuido al término ‘carnero’ desde, por lo menos, la primera edición del texto por Felipe Pérez, en 1859, hasta el presente. En el Prólogo de la edición de *El Carnero* subtulado “De la palabra ‘carnero’ y su polisemia”, Darío Achury Valenzuela registra sintéticamente los varios significados propuestos en diversos diccionarios desde 1599 a 1964, entre los cuales destacan el *Tesoro de la lengua castellana* de Sebastián de Covarrubias de 1611, el *Diccionario de Autoridades* de 1726, el *Diccionario crítico y etimológico de la lengua castellana* de Joan Corominas (1954), así como el de los *Colombianismos* del R.P. Tobón Betancourt (1962) y el *Lexicón de Colombianismos* de Alario de Filipino (1964).

En una apretada síntesis de las diecisiete acepciones registradas por Darío Achury Valenzuela, puede comprobarse el empleo del término con un valor generalmente peyorativo, con el significado de “osario, fosa común y sepultura de muertos” en autores o textos clásicos de la literatura española como Góngora, el *Cancionero General*, del mismo modo que con el sentido de “cesto” de papeles desechables en que lo usa Cervantes en el *Coloquio de Cipión y Berganza*, y en expresiones usadas hasta no hace mucho tiempo en tierras americanas tanto en el habla cotidiana como en textos literarios, tal el caso del *Martín Fierro* que dice: “Tiró unas cuantas patadas /y ya cantó pa’l carnero. Nunca me puedo olvidar de la agonía de aquel negro”. Diversos historiadores y críticos han sostenido que ‘carnero’ “era el nombre genérico con el que se designaban los manuscritos escritos o forrados en piel de ese animal; algunos

escritores antiguos usaban tal palabra en el sentido de crónica [...de] mezcla informe de cosas, lugar donde se echan los cadáveres”, en tanto otros, como Juan José Arrom, a tono con el que distingue en gran medida a *El Carnero*, se preguntaba si no habían sido los lectores los responsables del cambio de título, ¿“porque corrían ejemplares encuadernados en piel del cornudo animal?, ¿o porque era raro el caso en que no apareciese algún marido igualmente adornado?” Más recientemente, Roberto González Echeverría se refiere a la hipótesis planteada por Susan Herman, quien habría logrado

“establecer que ‘carnero’ no se refiere a la piel en la que estaba encuadernado, ni tampoco a lo que adorna la frente de no pocos maridos en el relato, sino que deriva de *carnarium* [carnarium, ii, garabato o gancho para colgar la carne/despensa] y alude a la analogía del cesto de la basura, al que se arrojan los papeles descartados”.[4]

Respecto de la posible responsabilidad del público lector de los manuscritos de *El Carnero*, ¿no sería lícito pensar que los lectores distinguieron lo que sostiene González Echeverría, que el componente constituyente de *El Carnero* es el conjunto de casos, historietas, etc., y que la “historia” es un elemento concomitante, el “marco” de aquéllos?

Sin modelo literario peninsular definido, contra la orientación eclesiástica, didáctica y edificante de la literatura de la época, anticipándose a autores que asumirían posiciones críticas similares o más virulentas, como Juan de Caviedes (1651?-1697?) en su *Diente del Parnaso*, Rodríguez Freyle prueba con creces la opinión de Mariano Picón Salas de que para enfrentarse al mundo, para menospreciarlo, sólo había en América dos posibilidades en la cultura barroca, o el ascetismo o la sátira. *El Carnero* opta por la segunda posibilidad, asumiendo un indefinible tipo genérico para impugnar las lacras de la sociedad neogranadina.

III

A mi juicio, *El Carnero* es uno de los más trascendentales pasos dados por un nuevo tipo narrativo que aparece en el Nuevo Mundo, cuyo proceso se inicia, en la actual Colombia, con las *Elegías...* de Juan de Castellanos y continúa con la obra de Rodríguez Freyle. Por eso creo importante prestar particular atención a la hasta aquí inconclusa discusión sobre el estatuto genérico de *El Carnero*, ya que de una adecuada caracterización genérica podría llegarse a determinar la función que la tradición clásica grecolatina cumple en el texto.

Así como ocurrió con las *Elegías...*, también en el caso de *El Carnero* la discusión se entabla en torno de si se trata de una obra histórica o de una obra literaria. Llama la atención que, igual que Castellanos, Rodríguez Freyle incentiva la discusión, ya que después de subrayar la novedad de su obra (quiere darle al rey don Felipe IV “noticia de este reino nuevo de Granada, porque *nadie lo ha hecho*”)[5] se dirige al “Amigo lector” para declarar que ha

“querido hacer este breve discurso por no ser desagradecido a *mi patria*, y dar noticia de este Nuevo Reino de Granada, de *donde soy natural* [... para que] no quede sepultado en las tinieblas del olvido lo que en este Reino aconteció”, “y aunque en tosco estilo, será la *relación sucinta y verdadera, sin el ornato retórico que piden las historias, ni tampoco llevará ficciones poéticas, porque sólo se hallará en ella desnuda la verdad* [...] y con esto

Esa historia, anunciaba Rodríguez Freyle en el largo título, se ocuparía de la “Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada”, de la fundación de la ciudad de Santa Fe de Bogotá, de los funcionarios de la Audiencia, de la serie de jerarcas eclesiásticos y militares, de algunas guerras intestinas entre los

“naturales, sus costumbres, gentes, y de qué procedió este nombre tan celebrado de El Dorado [...] desde el año de 1539 que se fundó, hasta el de 1636 que eso se escribe; con algunos *casos sucedidos en este Reino, que van en la historia para ejemplo y no para imitarlos*, por el daño de la conciencia”.[7]

Tales *casos* (del latín *casus*: “suceso dañoso, infortunio, calamidad, caída ejemplar”, señala María Teresa Cristina, y remite, creo, al *exemplum* medieval)[8] “relatos más o menos atrevidos” emparentados con la narrativa picaresca posterior al *Lazarillo de Tormes*, “son tan antológicos –escribe Roberto González Echeverría- [que] ningún crítico se ha detenido a preguntar qué es *El Carnero* como un todo”. Más allá de la exageración de esta última afirmación, coincido con él en que la respuesta a ese interrogante es “crucial”. También me parece que González Echeverría acierta cuando, a partir de la intrigante situación originada en la brevedad del título más conocido, *El Carnero*, frente al extenso, postula que los casos (también denominados “flor/es”, o *historie/las* [*< storielle*], denominación propuesta por Oscar Gerardo Ramos) constituyen

“el elemento predominante [del texto], mientras que la historia propiamente dicha es sólo un pretexto para enmarcar los relatos. El pretexto es de gran importancia, pero debe subrayarse la inversión: en vez de que los relatos sean un agregado o un complemento de la historia, la historia misma se ha vuelto un complemento retórico.”[9]

Una opinión un tanto diferente de las ya expuestas es la del crítico Curcio Altamar cuyas apreciaciones comenta Darío Achury Valenzuela en su prólogo. Según Altamar, *El Carnero* respondería a una apetencia de la sociedad “santafereña” durante los siglos XVII, XVIII y XIX por una “literatura anovelada” que se ocupara del prosaísmo de la vida cotidiana, lejos de toda grandilocuencia épica. A satisfacer tal preferencia apuntaría *El Carnero* con

“un fondo de novela costumbrista [...que] es, a la par, una crónica escandalosa [por] los temas de los distintos relatos...: adulterios, artimañas, falsificaciones, magias, brujerías, codicia, celos, etc. Todo esto narrado en una prosa sofocada bajo el peso de alusiones sentenciosas de acento senequista y de tendencia moralizante, un si es no es pesimista; alusiones aquellas que alternan con jaculatorias piadosas e invocaciones de tenue intención sensual”.

Además, Altamar rastrea autores y textos cuyas huellas cree percibir, tales las de las obras de fray Antonio de Guevara, *El reloj de príncipes*, *Epístolas familiares*, *Oratorio de religiosos* y *Ejercicio de virtuosos*, y muy especialmente *La tragicomedia de Calixto y Melibea*, lo cual lo lleva a considerar a *El Carnero* una obra “celestinesca” antes que picaresca. De acuerdo con la opinión de Altamar, *El Carnero* sería un hito en un proceso que de Séneca, pasando por Petrarca, transmitiría a través de *La Celestina*, una visión moral que Altamar denomina

“senequismo medieval”, el cual se entrelazaría con la visión prerrenacentista de Rodríguez Freyle, que entroncaría su obra en el conjunto de las letras hispánicas dentro de lo que denomina “subgénero celestino”. [10]

Para concluir este panorámico rastreo de opiniones críticas acerca de la categoría genérica de *El Carnero*, teniendo en cuenta el “entrecruzamiento” del “senequismo medieval” con la visión “prerrenacentista” de Rodríguez Freyle, y retomando la idea de González Echeverría acerca del carácter de “marco” que revestiría el contenido “histórico” de *El Carnero*, el “elemento predominante” del texto sería el conjunto de “historietas” que aquél enmarcaría y podrían remitir a las dos grandes colecciones de cuentos de finales del medioevo: la de Geoffrey Chaucer, conocida como *Canterbury Tales* (de fines del siglo XIV) y, más especialmente, por su mayor afinidad con *El Carnero*, la del *Decamerón*, la colección de “novelas” [novella, e] también “enmarcada” de Giovanni Boccaccio de mediados del mismo siglo quien, además de poner en práctica lo que en términos ya bastante difundidos en materia de estudios de narrativa se denomina corrientemente *frame story*, es decir, “historia marco”, constituye, con Petrarca, uno de los momentos capitales del proceso de recuperación de la tradición clásica. Incluso, teniendo en cuenta las inocultables muestras de medievalismo que exhibe Rodríguez Freyle a lo largo de *El Carnero*,

“como el empleo jactanciosamente erudito [?] de catálogos de nombres históricos tomados como raseros de ejemplaridad y paradigma de valor, empleo que recuerda el sistema de la moralística española, con el uso de apólogos del estilo de los *enxemplos* [sic]”,

¿resultaría excesivo recordar, por ejemplo, al *Libro de los enxemplos del conde Lucarnor*, de don Juan Manuel y que, a su vez, remite a antiguas tradiciones de origen oriental, como la colección de apólogos conocida como *Libro de Calila et Dimna*? Hemos llegado a un punto de suma importancia; me refiero al problema que planteaba el investigador Alessandro Martinengo con el título “La cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle” y el subtítulo “Ensayo sobre las fuentes de una crónica bogotana del seiscientos” [11] Martinengo se propuso reseñar e indagar “las fuentes literarias de Rodríguez Freyle en relación con el estilo y la estructura de *El Carnero*, a partir de un plan semejante de Curcio Altamar citado poco antes. [12] En el texto de Altamar, Martinengo lee la ratificación de la razón que había impulsado a Rodríguez Freyle (según él mismo explica), a “adornar su relato con partes moralizantes y con ejemplos inspirados en textos antiguos y profanos. [13] ¿Cuál es esa explicación del autor de *El Carnero*?

“Páreceme –escribe Rodríguez Freyle– que ha de haber muchos que digan: ¿Qué tiene que ver la conquista del Nuevo Reino, costumbres y ritos de sus naturales, con los lugares de la Escritura y Testamento viejo y otras historias antiguas? Curioso lector, respondo: que esta doncella es huérfana, y aunque hermosa y olvidada de todos, y porque es llegado el día de sus bodas y desposorio, *para componerla es necesario pedir ropas y joyas prestadas, para que salga a la vista: y de los mejores jardines coger las más agraciadas flores para la mesa de los convidados: y al que no le agrada, revuelva a cada uno de lo que fuera suyo, haciendo con ella lo del ave de la fábula, y esta respuesta sirva a toda la obra.*” [14]

Según Martinengo, esta “justificación” sólo puede comprenderse si se la considera como parte

de la concepción medieval según la cual los hechos poseen “significación propia” si se los incluye “en una visión más amplia y universal del mundo” que es la de la Biblia. Sin embargo, me parece que hay otra lectura posible. La apelación de Rodríguez Freyle a “ la Escritura y Testamento viejo y otras historias antiguas” para “componer” a la “doncella... huérfana” en sus bodas con “ropas y joyas prestadas” y “las más agraciadas flores” de los mejores jardines”, puede explicarse por la práctica medieval de constante reelaboración de textos precedentes, pero también por la idea de que una obra literaria no es resultado de una originalidad absoluta sino producto de la transformación de otras antecedentes. No pretendo afirmar que Rodríguez Freyle pensaba ya en su tiempo como Julia Kristeva, que todo texto es un “mosaico de citas”, pero no me parece desatinado advertir en el autor de *El Carnero* una firme convicción de su derecho a echar mano de todo lo que le sirva para concretar su proyecto “literario”. Las varias referencias a los textos de fray Pedro Simón y, en modo particular, al de Juan de Castellanos, los cuales, pese incluso a que no se cuenta con noticias indudables de la lectura por Rodríguez Freyle de las *Noticias Historiales* y las *Elegías de varones ilustres de Indias*, funcionan, lo mismo que otros textos sacros y profanos, antiguos, medievales y contemporáneos, como verdaderos hipotextos de *El Carnero*, por lo cual liberaríamos a su autor de toda supuesta dependencia de esas “fuentes”.

La mención de Castellanos y el análisis de la relación hipertextual que *El Carnero* establece con las *Elegías* posibilita algunas breves reflexiones sobre la presencia y función de la tradición clásica. En primer lugar, permite explicar el mucho mayor peso que ella ostenta en el poema de Castellanos, ya que mientras escribe un texto que podría considerarse de naturaleza épica, Rodríguez Freyle, más cerca de la novela moderna, género ya establecido por Cervantes con el *Quijote* veinte años antes de la escritura de *El Carnero* (de cuya lectura por parte de Rodríguez Freyle no existen noticias), es decir, sin que la nueva forma narrativa hubiera entrado a formar parte de su “horizonte de la expectativa”, sólo intuitivamente podía Rodríguez Freyle intentar alcanzar lo que ya se había producido en Europa, en España más precisamente, viéndose en la necesidad de comenzar desde un impreciso principio insuficientemente conocido en América. Las “historietas”, casos, *excursus*, etc., como se prefiera denominarlas, consideradas como se ha visto, elementos estructurales fundantes de *El Carnero* con su carga de realismo crítico ¿no podría considerárselas como momento decisivo en el proceso de constitución de la nueva forma narrativa definida por Cervantes que, en tierras americanas, por el desconocimiento apuntado, debe de algún modo reiterar un recorrido ya culminado por él? Lejos del entusiasmo épico de la primera etapa que anima a Ercilla y a Castellanos, entre otros, Rodríguez Freyle pone el acento en la nueva realidad social, económica, política, cultural, en suma, mostrando críticamente el estado de las nuevas sociedades emergentes en las colonias españolas. A partir de esta comprobación podría explicarse, a mi parecer, que Rodríguez Freyle valido de su experiencia como lector de la novela picaresca, no tanto de la representada ejemplarmente por el *Lazarillo*, sino por las de la segunda etapa del género ilustrada en particular por el *Guzmán de Alfarache*, constituida en modelo narrativo para Rodríguez Freyle, haga un aporte fundamental para la evolución de las formas narrativas en la literatura colonial que, pasando luego por *El desierto prodigioso* y *el prodigio del desierto*, de Pedro Solís de Valenzuela, a mediados del siglo XVII, y por otras

obras narrativas como *Vuelve a su quinta Anfrisio solo, y viudo* de Francisco de Velasco y Zorrilla, también de mediados de ese siglo, alcance un punto capital con *El Periquillo Sarmiento* de José Joaquín Fernández de Lizardi a principios del siglo XIX.

En todos esos textos, desde *El Carnero*, es posible comprobar que la presencia de la tradición clásica va atenuándose hasta recuperar importancia entre fines del siglo XVIII y principios del siguiente. Desde esta perspectiva es explicable que en *El Carnero* dicha tradición deba compartir con otras, la bíblica, la de la historia clásica y la española, el papel preponderante que había desempeñado en el Renacimiento.

Refiriéndose a las “fuentes” de la “cultura literaria” de Rodríguez Freyle, Martinengo destaca las “dificultades casi insuperables” que en su búsqueda debió enfrentar, sobre todo “por la imprecisión de las citas”, otras referencias “a menudo evocadas de memoria”, es decir, con la imprecisión propia de citas que provienen de obras, no sólo leídas sino también oídas. En este problema, agrega Martinengo, la historia y la crítica se han movido entre “la tesis populachera de su erudición sostenida por su primer editor, Felipe Pérez” y la rotunda afirmación de Vergara y Vergara según la cual la ‘erudición’ de Freyle no ‘era poca’”. Sobre el conocimiento de Rodríguez Freyle de esas tradiciones, Martinengo sostiene que las muestras de la “erudición” de Rodríguez Freyle parecen provenientes de “un exiguo número de obras y, dentro de cada obra, preferentemente en las mismas páginas o capítulos, índice no dudoso, nos parecen, de afección a la relectura de los propios autores, más que a la lectura amplia y sin prejuicios de nuevos libros”. [15] La mayor parte de las historietas, que abarcarían, según calculó Oscar Gerardo Ramos, aproximadamente la mitad de la extensión de *El Carnero*, y serían veintitrés, de acuerdo con Ramos, o veinticuatro, según Silvia Benso, repartidas en los veintiún capítulos y un catálogo en que está dividido el relato, son de carácter predominantemente realista. En los intersticios de las mismas aparecen las referencias provenientes de la tradición clásica que funcionan como colofón de las historietas, bien sea solas, bien formando parte de un conjunto, según se podrá comprobar en los ejemplos que citaré a continuación.

Después de explicitar su deseo de darle al rey Felipe IV “noticia de este su reino nuevo de Granada, porque nadie lo ha hecho”, explica al lector que la tarea que asume es similar a la que Cristo encomendó a otros “escritores y cronistas” y obedece al propósito de dar “al mundo noticia de lo acontecido en sus tiempos, con lo cual los presentes tenemos noticia de lo pasado”. Conciente de que la materia narrativa a la que da forma no alcanza los ribetes heroicos de la épica, aclara a continuación, sumando la referencia del Nuevo Testamento del párrafo recién citado a la que corresponde a la historia antigua, a la mitología griega y a la leyenda española, que lo “acontecido” en el Nuevo Reino de Granada no han sido precisamente “las conquistas del Magno Alejandro, ni los hechos de Hércules el español ni tampoco las valerosas hazañas de Julio César y Pompeyo, ni de otros valerosos capitanes que celebra la fama”. [16]

Darío Achury Valenzuela, responsable de la edición de *El Carnero* que he citado antes, escribe en la nota correspondiente que “Hércules el español” mencionado por Rodríguez

Freyle aludiría muy probablemente al tercero de los personajes de ese nombre, “el de los doce trabajos” que antes de abandonar definitivamente Hesperie “dejó como soberano de aquellos dominios a un sobrino suyo llamado Espan”. Menciona también como otra fuente posible al *Romancero General*, dos romances del cual hay referencias a Hércules, cerrando con candado la casa antes de irse, en uno, y en otro refiriéndose al “Hércules afamado que ganó primero a España de Gerión gran tirano...”[17]

Rodríguez Freyle insiste a continuación en que como otros autores, cronistas y poetas, tales los casos de Juan de Castellanos y fray Pedro Simón “nunca trataron de lo acontecido en este Nuevo Reino” él se animó “a decirlo; y aunque en tousco estilo”, su narración

“será la relación sucinta y verdadera, sin el ornato retórico que piden las historias, ni tampoco llevará ficciones poéticas –aludiendo, me parece, a lo declarado ya por Castellanos en sus *Elegías*-, porque sólo se hallará en ella [en su relato] la desnuda verdad; así en los que le conquistaron como en *casos* en él sucedidos, para cuya declaración y ser mejor entendido, tomaré un poco atrás la corrida, por cuanto antiguamente fue todo una gobernación, siendo la cabeza la ciudad de Santa Marta en que se incluía la ciudad de Cartagena, el río de La Hacha y este Nuevo Reino”, concluyendo con una expresión que con diferentes matices y de acuerdo con su estilo narrativo repetirá después en distintas ocasiones, “y con esto vengamos a la historia, la cual pasó como se sigue”. [18]

Los siguientes cinco primeros capítulos y parte de los capítulos VI y VII contienen la transcripción del relato que le proporciona un indígena llamado don Juan, sobrino y sucesor del cacique Guatavita, y en los que se relatan los enfrentamientos entre este cacique y otro llamado Bogotá, de los que resulta triunfador el primero. En el capítulo III, después de haberse referido en el final del anterior “al orden y estilo que tenían de nombrar caciques o reyes y *de dónde se originó este nombre engañoso del Dorado* con lo demás que verá el curioso [...]”, vuelve a la historia bíblica y a la antigua para comentar críticamente cómo celebraron con una descomunal borrachera los indígenas partidarios de Bogotá una efímera victoria circunstancial, proponiendo así uno de los ejemplos que no deben imitarse:

“Nunca el mucho beber y demasiadamente hizo provecho; y si no dívalo el rey Baltasar y –mencionado otra vez y habrá más- el Magno Alejandro, rey de Macedonia, que el uno perdió el reino bebiendo y profanando los vasos del templo y con ello la vida; y el otro mató al mejor amigo que tenía [Clito], que fue aquel festín tan celebrado en sus historias [...]”. [19]

En el capítulo IV continúa la narración sobre las vicisitudes de la historia indígena y, encontrando una ocasión propicia en ella, se lanza a escribir una paráfrasis del *Génesis* desde la rebelión de Luzbel, siguiendo con el pecado de Adán y Eva, concluyendo con la exhibición de una misoginia, repetida luego varias veces a lo largo del relato, que muchos estiman como “literaria” más que personal:

“¡Que caro le costó a Adán la mujer, por haberle consentido que se fuese a pasear”, así como cara le resultó Bethsabé a David y Dalila a Sansón, “y a Troya le costó bien caro la [hermosura] de Helena, pues se abrasó en fuego por ella, y por Florinda perdió Rodrigo a España y la vida.” [20]

Aunque no son muy abundantes estas apelaciones a la mitología, a la historia antigua y a la tradición clásica en general, debo, sin embargo, seleccionar algunos otros ejemplos cuya importancia es indudable. Destacaré especialmente que en el capítulo XI, refiriéndose a los problemas ocasionados en la ciudad de Bogotá por la difusión de unos “libelos” de autores desconocidos contra los miembros de la Real Audiencia, el narrador asume la obligación de ser veraz, aunque con dudas:

“[...] y están luchando conmigo la razón y la verdad. La razón me dice que no me meta en cosas ajenas; la verdad me dice que diga la verdad [...] peor es lo que hayan hecho ellos que lo escriba yo; y *si es verdad que pintores y poetas tienen igual potestad*, con ellos se han de entender los cronistas, aunque es diferente porque aquellos pueden fingir, pero a éstos córreles obligación de decir la verdad, so pena del daño de conciencia.”

Y para ilustrar mejor su concepción narrativa, apegada a la verdad frente a poetas y pintores que “pueden fingir” recuerda, entonces, que

“Apeles pintó a Campaspe, la amiga del magno Alejandro, y estándola pintando, como dicen sus historiadores, se enamoró de ella, y aquel príncipe se la dio por mujer. Ya éste llevó algún provecho, sin otros que llevaría de sus pinturas verdaderas y fingidas, como lo hacen otros pintores. Virgilio –continúa–, príncipe de los poetas latinos, por adular al César romano y decirle que descendía de Eneas el troyano, compuso las *Eneidas* [sic]; y dicen de él graves autores, y con ellos, a lo que entiendo San Agustín, que si Virgilio como fue gentil fuera cristiano, se condenara por el testimonio que levantó a la fenicia Dido, porque de Eneas el troyano a Dido pasarán más de cuatrocientos años. Miren qué bien se juntarían. *Este fingió, y los demás poetas hacen lo mismo, como se ve por sus escritos; pero los cronistas están obligados a la verdad*”.

Rodríguez Freyle adhiere a la polémica acusación de adulator de César contra Virgilio, sostenida por algunos de sus “acérrimos críticos”, como los califica Darío Achury Valenzuela en la nota respectiva, y a la cual también adhirió Marcial, según se aprecia en textos como el *Epigrama VIII, 56*: “Que haya Mecenas, ¡oh Flaco!, y no te faltarán Marones y Virgilibios [...]”, sin que se pueda determinar de dónde extrajo Rodríguez Freyle esa opinión. En cuanto a la “igual potestad”, es evidente, como comenta Achury Valenzuela, que la idea proviene de la *Epistola ad Pisones* de Horacio que en los versos nueve y diez dice: “[...] Pictoribus atque poetis / (Quidlibet audendi) semper fuit aequa potestas”.[21]

Hay en el texto unos cuantos casos más que se cierran con alguna referencia a diversos aspectos de la tradición clásica como ilustración de la “moraleja” de lo sucedido. Cito otros de manera más escueta salvo alguna que otra excepción:

1.- En el capítulo XII, el tema eje del relato es el de la lealtad y la narración culmina con una referencia a Teseo como “gran traidor: Teseo fue aquel gran traidor que, habiendo recibido grandísimos regalos y servicios de su amiga Ariadna, la dejó y la desamparó en la ínsula de Nayos, llorando y allí murió.”[22]

2.- En el capítulo XVII, Rodríguez Freyle se refiere a unos problemas surgidos por el pago de

una alcabala real que algunos habitantes de Tunja se negaban a hacer, los cuales, reunidos en un pueblo cercano discuten, borrachos, la cuestión. Ello invita a Rodríguez Freyle a contar:

“Servía el dios Baco la copa y llevaba el contrapunto a la plática, y subido tan de punto que vino a hacer reyes, duques, condes y marqueses, y formar corte. La voladora *fama*, que vestida de lenguas pasó por allí, entendió la cosa y de ella le dio aviso al presidente [de la Audiencia], aunque no faltó quien dijese que de la misma baraja salió una carta que se lo dio, porque el vino es gran descubridor de propias faltas y ajenas. Decían por refrán los antiguos que el vino andaba sin cabeza, porque el que está beodo todos los secretos y vicios que tiene descubre.”

Un poco más adelante escribe:

“Excelentísimo licor es el vino, porque si otro mejor hubiera, en él instituyera Cristo Nuestro Señor el sacrificio de su preciosa sangre; pero los hombres usando mal de él lo hacen malo, como se vio en el magno Alejandro, que tomado del vino mató a su amigo Clito, quemó la ciudad de Persépolis, empaló a su médico y cometió otros crímenes estupendos y atroces. Más le valiera al médico ser pastor de ovejas que médico de Alejandro.”

Darío Achury Valenzuela apunta que Plutarco, entre otros, en sus *Vidas paralelas* relata estos hechos de la vida de Alejandro, sin poder asegurar por cuál vía Rodríguez Freyle había llegado a saberlo. Como en otros casos, podría aventurarse que fue tal vez a través de la lectura de libros antológicos o de naturaleza semejante.[23]

3.- En el capítulo XVIII, Rodríguez Freyle detalla las supuestas doce condiciones que, según Marco Aurelio, debe reunir un buen juez. Probablemente se trate de una de las varias “citas de segunda” mano, según Achury Valenzuela, en este caso del *Marco Aurelio*, “biografía anovelada” escrita por fray Antonio de Guevara, uno de los autores preferidos de Rodríguez Freyle.[24]

4.- En el capítulo XIX, Rodríguez Freyle incluye una de las varias invectivas contra la hermosura femenina, “un don de naturaleza, que tiene gran fuerza de atraer a sí los corazones y las benevolencias de los que la miran. Pocas veces están juntas la hermosura y castidad, como dice Juvenal.” El poeta latino, entre otros, trata el tema en la *Sátira X*[25], sin que se pueda asegurar, empero, el conocimiento directo de ese texto por Rodríguez Freyle.

5.- En el mismo capítulo XIX, Rodríguez Freyle, refiriéndose a la hermosura de la mujer que excita los celos, escribe:

“Lo que se saca de tener celos es que si es mentira nunca se sale de aquel engaño, antes siempre se va en él consumiendo; y si es verdad, después le pesa haberlo visto, y quisiera estar en duda. Pongo el ejemplo: cuando el cojo Vulcano cogió en el lazo a su mujer Venus y a Marte, llamó a todos los dioses para que los viesan, y él se deshonoró, y en los dos amantes dobló el amor, tanto, que después no se recataban en él como de primero, y así quedó el cojo Vulcano arrepentido.”[26]

En un caso de honra, Rodríguez Freyle volverá a ocuparse del mito de Vulcano, Venus y

6.- En el capítulo XXI, Rodríguez Freyle comenta ideas de Séneca sobre el tiempo:

“El tiempo es el más sabio de todas las cosas, porque todas las cosas las halla, sabe y descubre. Dice Séneca –agrega Rodríguez Freyle-: Todas las cosas son ajenas y sólo el tiempo es dado por nuestro y todos los vicios se someten [sic] son de los hombres, no de los tiempos [...]”.

A juicio de Achury Valenzuela “tampoco parece cita directa”. [27]

7.- En el mismo capítulo, refiriéndose a la ambición desmesurada por poseer bienes materiales, que corrompe a los hombres, especialmente a los funcionarios estatales, Rodríguez Freyle exclama: “¡Oh bienes temporales, que sois a los que os tienen una hidropesía con que los aventáis y ponéis hinchados, dándoles una sed perpetua de beber y más beber, y nunca se hartan!”. Enseguida sigue con una versión del *Beatus ille* que no debe ser propia:

“Dichoso aquel que lejos de negocios, con un mediano estado, se recoge quieto y sosegado, cuyo sustento tiene seguro en frutos de la tierra y la cultiva, porque como la madre piadosa le produce, y no espera, suspenso, alcanzar su remedio de mano de los hombres, tiranos y avarientos.”[28]

8.- La codicia es responsable, entre calamidades, de los fratricidios tan repetidos en la historia, como, entre otros, escribe Rodríguez Freyle, el asesinato de Remo a manos de Rómulo.[29]

9.- Después de referirse otra vez a la oposición de hermosura/castidad ya mencionada antes, Rodríguez Freyle se ocupa del maltrato que muchos hombres ejercen sobre los otros. “Todas las criaturas que Dios Nuestro Señor crió en este mundo están sujetas al hombre, todas le sirven y de todas se sirve, y ninguna de ellas le guerrear ni persiguen. *Sólo el hombre es enemigo del hombre*”, definición que Plauto formula en la *Asinaria* (“*Lupus est homo homini*”) como recuerda Achury Valenzuela, sin determinar cómo llega a conocimiento de Rodríguez Freyle.[30]

10.- En el capítulo VII, Rodríguez Freyle reflexiona sobre el tema del oro. Después de la criticable actitud exhibicionista de riqueza por parte del Adelantado Gonzalo Jiménez de Quesada, escribe:

“[...] antes de pasar de aquí quiero decir dos cosas, con licencia; y sea la primera: que como en lo que dejo escrito traigo en la boca siempre el oro, digo que podían decir estos naturales que antes de la conquista fue para ellos aquel siglo, *el siglo dorado*, y después *el siglo del hierro y acero*”, muy probable reminiscencia del mito de las edades.[31]

BIBLIOGRAFÍA

D. ACHURY VALENZUELA, “Prólogo” a la edición de *El Carnero* de Juan Rodríguez Freyle, Biblioteca Ayacucho n° 66.

J.J. ARROM, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1963.

E. CAMACHO GUIADO, *Estudios sobre literatura colombiana. Siglos XVI-XVII*. Bogotá, Ediciones Universidad de los Andes, 1965.

M.T. CRISTINA, *La literatura en la conquista y la colonia*, en J. JARAMILLO URIBE (edit.), *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, Procultura S.A.-Instituto Colombiano de Cultura, 1984 (vol. VIII).

R. GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

P. HENRÍQUEZ UREÑA, en *Poesía hispanoamericana colonial. Antología*. Selección, estudio y notas de A. R. de la CAMPA y R. CHANG-RODRÍGUEZ. Madrid, Alambra, 1985.

A. MARTINENGO, “La cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle. Ensayo sobre las fuentes de una crónica bogotana del seiscientos”, en *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, Tomo XIX, 2.

M. PICÓN SALAS, *De la conquista a la independencia. Tres siglos de Historia Cultural Hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, 3ª edición.

----- *Formación y proceso de la literatura venezolana*, Caracas, Monte Ávila, 1984.

Poesía hispanoamericana colonial. Antología. Selección, estudio y notas de A. R. de la CAMPA y R. CHANG-RODRÍGUEZ. Madrid, Alhambra, 1985.

J. RODRÍGUEZ FREYLE, *El Carnero*. Prólogo, notas y cronología de D. ACHURY VALENZUELA, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.

J. M. VERGARA Y VERGARA, *Historia de la literatura en Nueva Granada*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1958.

[1] Publicado en *Praesentia* N° 4.

[2] J. Ma. VERGARA Y VERGARA. *Historia de la literatura en Nueva Granada*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1958, I, p. 94.

[3] J. RODRÍGUEZ FREYLE. *El Carnero*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, n° 66, p.VI.

[4] J. J. ARROM, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1963, citado por M. T. CRISTINA, pp. 523-4, en *La literatura en la conquista y la colonia*, VIII, de Jaime Jaramillo Uribe (editor), *Manual de historia de Colombia*, T. I, 3ª ed., Bogotá, Procultura S.A., Instituto Colombiano de Cultura, 1984; R. GONZALEZ ECHEVARRÍA, *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 135.

[5] J. RODRÍGUEZ FREYLE, *op. cit.*, p. 3.

[6] *Ibidem*, p. 5-6.

[7] *Ibidem*, p. VI.

[8] M. T. CRISTINA, *op.cit.*, p. 259.

[9] R. GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, *op. cit.*, pp. 132-133; O.E. RAMOS, citado por D. ACHURY VALENZUELA en el Prólogo de *El Carnero*, *op.cit.*, p. LXXIX.

[10] *El Carnero*, *op. cit.*, p. LXXIX.

[11] A. MARTINENGO, “La cultura literaria de Juan Rodríguez Freyle. Ensayo sobre las fuentes de una crónica bogotana del seiscientos”, en *Thesaurus*, Boletín del Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, Tomo XIX, 2, (1904).

[12] *Ibidem*, p. 276.

[13] *Ibidem*, p. 277.

[14] J. RODRÍGUEZ FREYLE, *op. cit.*, cap. V, p. 36. El subrayado es mío.

[15] A. MARTINENGO, *op. cit.*, p. 290 y ss.

[16] J. RODRÍGUEZ FREYLE, *op. cit.*, pp. 5 y ss.

[17] *Ibidem*, p. 5.

[18] *Ibidem*, pp. 6 y ss.

[19] *Ibidem*, pp. 23 y ss.

[20] *Ibidem*, pp. 35-37.

[21] *Ibidem*, pp. 236 y ss.

[22] *Ibidem*, p.239.

[23] *Ibidem*, pp. 318-320.

[24] *Ibidem*, p. 328.

[25] *Ibidem*, pp. 355-356.

[26] *Ibidem*, p. 357.

[27] *Ibidem*, p. 386.

[28] *Ibidem*, p. 387.

[29] *Ibidem*, p. 389.

[30] *Ibidem*, p. 391.

[31] *Ibidem*, pp. 188-189.

* Se trata del texto presentado en el XIX Coloquio Internacional de Filología Griega sobre “La Tradición Clásica en la literatura española e hispanoamericana del siglo XVII”, realizado en la UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia) de Madrid, España, durante los días 5, 6 y 7 de marzo de 2008. Está suscrito al proyecto del Grupo de Investigaciones de Lenguas y Literaturas Clásicas titulado “Logos político, logos poético”, llevado a cabo con el apoyo del Consejo de Desarrollo Humanístico, Científico y Tecnológico de la Universidad de Los Andes, bajo el código H750-03-06-A

Índice

